

ACTAS DEL SÉPTIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA
ISBN 978-950-34-1863-5 | LA PLATA, DICIEMBRE DE 2019

¿ES EL PSICOANÁLISIS MACHISTA? APUNTES FEMINISTAS EN TORNO A LA SEXUALIDAD FEMENINA

IS PSYCHOANALYSIS MALE CHAUVINIST?
FEMINIST NOTES ABOUT FEMALE SEXUALITY

Sol Belén Rodríguez
solberodriguez@gmail.com

Facultad de Psicología
Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina

Este trabajo surge a partir de mi tesis de grado, la cual estoy realizando en el marco de una beca de investigación de la UNMDP. El tema de la tesis es la sexualidad femenina y se titula “Sobre sexualidad femenina: Aportes desde el psicoanálisis feminista de Juliet Mitchell y Luce Irigaray”. El objetivo planteado fue repensar la tematización psicoanalítica de la sexualidad femenina a partir del aporte crítico de los estudios de género, utilizando un enfoque interdisciplinario. Para eso tomé dos autoras que trabajaron la sexualidad femenina desde la intersección entre el psicoanálisis y los estudios de género.

La inquietud inicial que motivó esta investigación, sin embargo, tenía que ver en realidad con el título de este trabajo. La pregunta de si el psicoanálisis era machista o patriarcal no solo me parecía interesante sino también importante de hacerse ya que al ir avanzando en la carrera comenzó a interpelarme la expresión de algunos compañeros/as que caracterizaban al psicoanálisis como machista. Ahora bien, esta pregunta resultaba realmente muy amplia y compleja. Por eso, a partir de la sugerencia de mi directora de tesis, decidí



aproximarme a esta cuestión enfocándome en cómo el psicoanálisis había teorizado la sexualidad femenina.

El objetivo de este trabajo es situar algunas coordenadas esenciales a la hora de responder el interrogante del título. Esta pregunta surge como disparadora para dar lugar a posibles respuestas a partir de los aportes de las autoras que trabajadas en mi tesis de grado. Ellas son Juliet Mitchell y Luce Irigaray, quienes comparten la particularidad de ser psicoanalistas y feministas, formando parte ambas de la segunda ola del feminismo. Se trata de una conjunción que presenta un contrapunto interesante ya que mientras Mitchell sostiene una posición reivindicativa respecto del Psicoanálisis, Irigaray en cambio hace una dura crítica a la teoría psicoanalítica.

En su obra *Psicoanálisis y Feminismo: Freud, Reich, Laing y las mujeres*, Juliet Mitchell (1976) es la primera en señalar que el psicoanálisis es crucial para el proyecto del feminismo. Allí, entre otras cosas, sostiene: “(...) el psicoanálisis no constituye una recomendación *para* una sociedad patriarcal, sino un análisis *de* la misma. Si estamos interesados en comprender y rechazar la opresión de la mujer, no podemos permitirnos el lujo de subestimarlos” (p. 9).

Según Mitchell el psicoanálisis no justifica el patriarcado, sino que nos ayuda a entender sus raíces psíquicas. Esta autora estaba interesada en como el psicoanálisis podía ayudarnos a entender el modo en que la ideología se transmite vía el inconsciente. Por ejemplo, las ideas de lo que es la feminidad y la masculinidad son transmitidas principalmente de este modo. En esta línea, Mitchell sostiene que Freud no prescribe una idea normativa de lo que es ser mujer sino que realiza una descripción de lo que es ser mujer en nuestra cultura, de qué movimientos psicológicos requiere.

Uno de los elementos más atacados de la teorización freudiana acerca de la sexualidad femenina desde el feminismo es el pasaje de la sensibilidad del

clítoris a la vagina. Aquí Mitchell (1976) arremete contestando a tales críticas que Freud no toma partido por un tipo de mujer u otra, sino que lo único que hace en sus textos es indicar el camino prescrito para la condición de mujer “normal”. Dando un ejemplo de esto, la autora señala que guste o no la receptibilidad vaginal es algo que se atribuye socialmente como signo de normalidad femenina. En este sentido, no es el psicoanálisis el que determina los parámetros de normalidad culturales sino que los tiene en cuenta y los explica sin tomar una posición moralista al respecto.

En la misma línea, Gayle Rubin (1986), antropóloga feminista quien retoma a Mitchell, señala que el psicoanálisis nos ofrece una descripción de los mecanismos por los cuales los sexos son divididos y de cómo los niños, andróginos y bisexuales, son transformados en niños y niñas. Esto también lo dice Freud en la conferencia de *La Femenidad* donde señala:

Pues bien; el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer –una tarea de solución casi imposible para él–, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual (Freud, 1933, p. 108).

En este punto, para Rubin (1986) el psicoanálisis es una teoría feminista frustrada. Frustrada básicamente porque, aunque nos explica cómo es el proceso para pasar de la disposición bisexual a la identificación con un género, no cuestiona sino que racionaliza este mecanismo. Ante esto, la autora señala:

La teoría de la femineidad de Freud ha estado sometida a la crítica feminista desde que apareció. En la medida en que es una racionalización de la subordinación de las mujeres, esa crítica está justificada; en la medida en que es una descripción de un proceso de subordinación de las mujeres, esa crítica es un error. Como descripción de cómo la cultura fálica domestica a las mujeres, y de los efectos de esa domesticación sobre las mujeres, la teoría psicoanalítica no tiene igual (Rubin, 1986, p. 130).

Entonces, volviendo a Mitchell, su hipótesis es que hay determinadas ideas en torno a la feminidad, hay una cierta vida psico-ideológica que el psicoanálisis describe y nos da herramientas para comprender. Para esta autora, sin la ayuda del psicoanálisis sería bastante difícil entender la opresión de psicológica de la mujer, ya que esta teoría es la que descubre las profundas raíces de la opresión sexual.

Además, el psicoanálisis nos ayuda a la hora entender por qué cuesta tanto avanzar en la conquista de la igualdad de género. Mitchell (2000) señala que en el corazón de la diferencia sexual hay cierto conservadurismo, algo que hace que las cosas se mantengan estancadas o que siempre que avancemos como sociedad luego volvamos a retroceder. Un concepto psicoanalítico útil para desentrañar esta dificultad, por ejemplo, es el de pulsión de muerte ya que da cuenta de nuestra tendencia a la permanencia, a que las cosas no cambien.

El problema según Mitchell (2000) es que en esa explicación que hace el psicoanálisis, la oposición le imputa ciertos valores a Freud. Ahora bien, para esta autora Freud no era un moralista sino que describía aquello que veía en la clínica. En este sentido, la autora sostiene que en muchas feministas lo que encontramos es una tergiversación de la teoría freudiana. Y agrega:

Al rechazar violentamente a un Freud que no es Freud, yo diría que se han perdido las únicas posibilidades importantes que tenemos hasta el momento de comprender la psicología de las mujeres y que al malinterpretar y repudiar al psicoanálisis, se ha desechado una ciencia decisiva para la comprensión de los aspectos ideológicos y psicológicos de la opresión. Ni la contribución de Freud sobre la feminidad ni la ciencia del psicoanálisis son intachables ni completas, pero para poder avanzar es indispensable retornar a estas fuentes (Mitchell, 1976, p. 306).

Es decir, que para Mitchell (1976) el psicoanálisis no es machista. En todo caso, lo machista es la ideología. El problema es que esa ideología se transmite a través del inconsciente:

La ley patriarcal habla a cada uno y por cada uno en su inconsciente; la reproducción de la ideología de la sociedad humana queda asegurada de este modo en la adquisición de la ley por cada individuo. El inconsciente que Freud analizó podría describirse, entonces, como el lugar de la reproducción de la cultura o ideología (Mitchell, 1976, p. 417).

Por otra parte Luce Irigaray en su obra *Espéculo de la otra mujer* (1978), hace una dura crítica a Freud. Allí la autora plantea que el problema de Freud fue recurrir a una economía de la representación hecha a partir de valores determinados por sujetos masculinos sin criticarla. En este marco, lo femenino ha de descifrarse según Irigaray (1978) en función de las necesidades de (re)producción de una moneda teñida de sentido fálico, convirtiéndose así la mujer en el “otro” del hombre, su reverso, una especie de alter ego invertido o de negativo.

Habría así una “partida” donde la mujer estaría ya inscrita de antemano sin haber comenzado a jugar, fuera de la escena, fuera de la representación, fuera de juego. De este modo, la mujer queda sometida a una lógica de la representación fálica donde lo propiamente femenino queda censurado, apareciendo solamente bajo la forma del tener/no tener, fálico/castrado, representable/continente negro (Irigaray, 1978). Como consecuencia de esto, la autora plantea que no hay una verdadera tematización de la diferencia sexual en la teoría psicoanalítica debido a que uno de los términos queda eludido y (de)negado:

(...) para que se haga o se diga la luz acerca de la (pretendida) sexualidad femenina, habría tenido que funcionar ya desde siempre una diferencia que no se tendrá en cuenta –¿en virtud de su carácter difícilmente representable?

– y uno de cuyos términos –¿determinado en relación con qué?– se aislará. (...) Así *lo mismo*, *remarcándose* –de más o de menos–, produciría lo otro, cuya función en la diferenciación quedaría ignorada, olvidada (Irigaray, 1978, p. 18).

Irigaray (1978) señala que en Freud hay un viejo sueño de lo mismo: sueño de identidad, de equivalencia, de simetría, de comparación, etc. Freud caería así, según la autora, en una lógica de lo mismo:

(...) prisionero de cierta economía del logos, de cierta lógica, en concreto una lógica del deseo (...) define la diferencia sexual en función del a priori de lo mismo recurriendo a los procedimientos de siempre: la analogía, la comparación (...) Cuando haciendo suya una ideología que no pone en tela de juicio, afirma que el goce masculino es el paradigma de todo goce (Irigaray, 1978, p. 27).

Así, la diferencia sexual en psicoanálisis no sería tal ya que estaría planteada en función de un a priori de lo mismo. Es decir, para Irigaray (1978) se habla de la diferencia sexual pero en verdad siempre se parte de un solo término, que es el masculino y a partir de ahí se elabora lo propiamente femenino. De este modo, el psicoanálisis cae en la (in)diferencia sexual sin tener en cuenta la particularidad femenina. O bien, señala la autora, la diferencia queda transferida a una extrapolación cualquiera: la sexualidad, la diferencia, el Falo, etc. (Irigaray, 1978).

El falo es definido por Irigaray (1978) como el emblema de la relación de apropiación del hombre con el origen. También refiere a él como el significante privilegiado del pene. Este sería el eje organizador de la economía deseante, que funcionaría con una lógica de lo Mismo. En este contexto, Irigaray (1978) plantea que la niña tiene prohibida esa relación de apropiación con el origen ya que al no tener pene ningún retorno al interior del lugar original está permitido:

La niña hallará su economía del deseo (de) origen de muy distinta manera. Será ella misma el lugar de repetición del origen, de su re-producción, de la reproducción. Y no es que ella repita así su origen. Por el contrario, es preciso que rompa toda contigüidad con uno y con otro (p. 42).

Lo único que tendrá permitido la mujer entonces será ayudar al hombre a relacionarse con su propio comienzo, recordándole a su madre. Por eso Irigaray (1978) señala en relación a la niña que su historia se detiene en el comienzo, para pasar a dejarse prescribir por la del hombre-padre. Se trata de una idea recurrente a lo largo de su obra, como si desde su infancia la niña estuviese condenada a esa falta de representación.

En este marco, Irigaray (1978) propone una manera de novedosa de pensar el complejo de castración en la niña. La autora lo define como “la imposibilidad, la prohibición que pesa sobre la mujer –al menos en esta historia– de imaginar, figurar(se), representar(se), simbolizar, etc., su relación con el comienzo” (pp. 90-91). En esta definición la autora se aleja de la interpretación freudiana más ligada a la castración de la mujer como un destino anatómico para hacer hincapié en su carencia de representación a nivel simbólico, mostrando su filiación lacaniana.

Además, la mujer no sólo tendría prohibida la simbolización de su relación con el origen sino también la representación de su sexo y de su goce. Irigaray (1978) señala que como consecuencia de esto la mujer queda condenada a la psicosis, o en el mejor de los casos, a la histeria como resultado de la falta de un significante de su deseo y de su sexo. Esta falla simbólica tendría relación con el atravesamiento de la niña por el complejo de castración y el complejo de Edipo. Según la autora, la niña se enfrenta en el complejo de castración a una desnarcisización total. Odia su sexo, y luego odia a su madre por haberla parido mujer, esto ya lo señala Freud.

Como podemos ver, las autoras elegidas presentan posturas contrarias en relación a la pregunta de si el psicoanálisis es machista. Esta es una de las diferencias más importante entre ambas y da cuenta de la dificultad de encasillar al psicoanálisis en una u otra etiqueta puesto que ambas presentan argumentos tanto para ubicarlo de un lado como del otro.

Si bien el machismo no tiene un lugar central en las argumentaciones de estas autoras considero que lo tematizan de algún modo al referirse a la prescripción que realiza o no el psicoanálisis sobre la feminidad. Así, Mitchell al sostener que el psicoanálisis no es prescriptivo respecto de la sexualidad femenina lo sitúa como valorativamente neutral. En cambio, Irigaray (1978) al argumentar que el psicoanálisis es prescriptivo respecto del destino femenino, lo sitúa como machista. En esta línea, la autora señala que lo más importante para el psicoanálisis parece ser que la penosa evolución hacia la feminidad no se ponga en cuestión, ubicando a los analistas como cómplices de que las cosas sean como son para el género femenino.

Ahora bien, ensayando posibles respuestas a esta pregunta inicial aparece una cuestión. Si bien fecunda y disparadora, ¿nos sirve esta pregunta? Resulta una pregunta importante, sin duda, pero a la hora de ver a dónde nos lleva aparece el peligro de una respuesta esencialista, como si de quitar un velo al psicoanálisis se tratara para ver cuál es esa verdad que hay detrás: ¿machista o feminista? ¿O, quizás, una “teoría feminista frustrada”, como plantea Rubin? Cualquier respuesta tiene efectos de cristalización que resultan indeseables. Por otro lado, muchas veces ocurre que esa pregunta en verdad oculta otra: ¿era Freud machista? Pregunta que no tiene otro destino que permanecer en un eterno debate y que nos deja mirando al pasado.

Sin embargo, pienso que más allá de la respuesta que ensayemos ante la pregunta inicial, como señala Mitchell, el feminismo o los estudios de género no

deberían subestimar al psicoanálisis ya que es una teoría que puede ayudarnos a entender cómo funciona el patriarcado, comprensión necesaria si se lo quiere superar. Aquí Mitchell abre otra posible línea de investigación para el psicoanálisis: investigar los fundamentos psíquicos del patriarcado y los mecanismos inconscientes por los cuales se transmite la ideología machista.

En este punto, me parece importante, retomar como paralelismo una pregunta que Mitchell rescata en relación al feminismo. La autora refiere que al pensar en la dominación femenina siempre nos preguntamos “¿cuándo comenzó?”. Se trata de una pregunta que cierra en vez de abrir y que, realmente, habría que ver cuánto nos aportaría a la hora de desentrañar las complejidades con las que nos encontramos en relación a la mujer en la actualidad. Mitchell entonces propone dejar esa pregunta de lado, para preguntarnos, en cambio, cómo es que se da la dominación de la mujer en la actualidad.

Me parece que podríamos trasladar este ejercicio al psicoanálisis. Debemos y deberíamos preguntarnos mejor qué podemos hacer para mejorar el psicoanálisis que tenemos hoy o qué queremos que sea el psicoanálisis en el futuro. He escuchado muchos discursos críticos hacia el psicoanálisis que pecan de esencialismo, señalándolo como si fuera un producto acabado e inmutable creado allá en el siglo XIX por Freud. Muy al contrario, creo que el psicoanálisis es algo que los analistas construyen y reformulan todos los días, tanto a nivel de la teoría como de la clínica. Esa es mi manera de pensarlo y creo que es útil, porque da lugar al cambio.

Hoy nos encontramos con una época en la cual el feminismo está cobrando mucha importancia y donde muchas injusticias hacia las mujeres ya no pasan de largo. Es un momento donde la mujer ya no puede ser pensada simplemente como contracara del hombre como lo plantea Irigaray (1978), como el segundo sexo ni mucho menos. Esto concierne al psicoanálisis ya que

no está exento de caer en prejuicios machistas a la hora de caracterizar a la mujer. Como señala Lacan (1960) en *Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina*:

(...) hay quizá aquí una ocasión de distinguir entre inconsciente y prejuicio, en cuanto a los efectos del significante. Y de reconocer a la vez que el analista está tan expuesto como cualquier otro a un prejuicio sobre el sexo, fuera de lo que le descubre el inconsciente (p. 710).

Por otra parte, me parece interesante esta idea de Mitchell de que muchas veces la crítica feminista no se direcciona a los descubrimientos de Freud sino más bien se trata de una crítica “moral” a sus planteos. Un ejemplo clásico son las críticas dirigidas al concepto de envidia del pene. Aquí me parece importante poder distinguir entre ciertos descubrimientos clínicos que hace el psicoanálisis y que sea machista.

Al final de *La feminidad* Freud (1933) plantea: “Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato” (p. 125). Claramente para una mujer leer un concepto como el de “envidia del pene” es poco grato, incluso puede ser vivido como insultante. Sin embargo, el mero hecho de que un concepto sea polémico o controversial no es algo que amerite su abandono teórico y más aún si tenemos en cuenta cómo es que opera la resistencia.

Negar cuestiones clínicas por una inconveniencia moral es algo que va completamente en contra del espíritu del psicoanálisis. Recordemos su origen: si el psicoanálisis hubiese sido “políticamente correcto” no hubiese hablado, por ejemplo, de la sexualidad infantil, y básicamente, hoy no existiría. En este punto, tal como lo señala la psicoanalista Alexandra Kohan (2019), no hay psicoanálisis sin incomodidad.

Por eso, considero que el problema no está en el descubrimiento freudiano sino en su performatividad. Es decir, el problema aparece en el momento en el que la teoría pasa de describir la vida psíquica de la mujer a reforzar un lugar de inferioridad asignado a la misma. Por eso resulta importante ponernos de acuerdo a la hora de delimitar lo que son aseveraciones clínicas de enunciados machistas. No es lo mismo, por ejemplo, señalar que existe la envidia del pene como un fenómeno inconsciente que tendría su origen en la sexualidad infantil a decir que, por eso, todas las mujeres son irremediamente unas envidiosas.

No olvidemos que el residuo del complejo de castración en el hombre es el miedo a la castración y no por eso se hace hincapié en el psicoanálisis en el miedo del hombre y, sin embargo, en la vida cotidiana el hombre frecuentemente es tildado de “cagón”. El hecho de que esto no se tematice lo suficiente en psicoanálisis no es un olvido casual sino una muestra de que los prejuicios machistas también pueden filtrarse en la teoría.

Para concluir, me parece importante rescatar dos planteos tratados en este trabajo. Por un lado, lo señalado por Rubin (1986) de que no hay otra teoría que describa el proceso de subordinación que impone la cultura fálica sobre las mujeres con la precisión que lo hace el psicoanálisis. Por otro lado, la apreciación de Mitchell (1976) de que ni la contribución de Freud sobre la feminidad ni la ciencia del psicoanálisis son intachables ni completas pero, aun así, es indispensable tenerlas en cuenta para poder avanzar en la comprensión de la opresión de la mujer. Aquí concuerdo con ellas en que, más allá de las tergiversaciones y efectos nocivos que hayan podido surgir de algunas de sus teorizaciones, hay mucho que rescatar del psicoanálisis.

Me parece que sobre todo que, más que certezas, del psicoanálisis el feminismo puede extraer preguntas muy importantes para trabajar. Algunas de ellas podrían ser: ¿cómo lograr reconciliamos con nuestra feminidad? ¿Cómo

ser mujeres heterosexuales sin que se perjudique nuestra relación con las demás mujeres? ¿Cómo sentirnos mujeres “plenas” sin la necesidad de tener un hijo? ¿Cómo zanjar apropiadamente entre nuestros roles de madre y pareja sexual? ¿Cómo adoptar un rol activo en nuestras vidas sin masculinizarnos? Todas cuestiones que el psicoanálisis pone en el tapete pero de las cuales no da respuesta.

No son preguntas sencillas, requieren que pensemos, como analistas pero también como mujeres. Si las esquivamos, solo habremos demorado un peaje inevitable. Ya lo señala Mitchell (1976): “Pensar que esto no debiera ser así exige fingir que ya no lo es. Por el contrario, una vez más necesitamos el pesimismo del intelecto y el optimismo de la voluntad” (p. 369). Queremos dejar la opresión de las mujeres atrás, y esa es la gran diferencia de los tiempos que corren con los anteriores, pero antes de que eso pase necesitamos un importante trabajo de elaboración acerca de estas problemáticas femeninas. El psicoanálisis puede ayudarnos a responder alguna de estas preguntas en tanto no lo descartemos aduciendo machismo.

Referencias

Freud, S. (1933). La feminidad. En *Obras completas*. Tomo XXII.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Irigaray, L. (1978). *Espéculo de la otra mujer*. Madrid, España: Saltés.

Kohan, A. (2019). *Psicoanálisis: por una erótica contra natura*.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: IndieLibros.

Lacan, J. (1960). Ideas directivas para un Congreso sobre sexualidad femenina. *Escritos 2*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.



Mitchell, J. (1976). *Psicoanálisis y Feminismo: Freud, Reich, Laing y las mujeres*. Barcelona, España: Anagrama.

Mitchell, J. (2000). *Psychoanalysis and feminism: a radical reassessment of Freudian psychoanalysis*. New York, United States: Penguin Books.

Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo. *Nueva antropología*, 8(30), 95-145.